

EL RELATO DE LA TRANSICIÓN EN LA NARRATIVA DE JOSÉ MANUEL DE LA HUERGA

Carmen Morán Rodríguez

Dpto. de Literatura española y Teoría de la Literatura y Literatura Comparada

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valladolid

moranro@fyl.uva.es

THE SPANISH TRANSITION TO DEMOCRACY IN JOSÉ MANUEL DE LA HUERGA'S NOVELS

Fecha de recepción: 14.10.2019 / Fecha de aceptación: 11.12.2019

Tonos Digital, 38, 2020 (I)

Resumen: El artículo analiza la presencia de la Transición democrática española como tema de la narrativa de José Manuel de la Huerga (1967-2018) en las tres novelas que se desarrollan en dicha etapa: *Apuntes de medicina interna* (2011), "Naípe de señoritas" (novela breve incluida en *SolitarioS*, 2016) y muy especialmente en *Los pasos en la piedra* (2013), narración centrada en la celebración de la Semana Santa de 1976 y la noticia de la legalización, el día de Sábado Santo, del Partido Comunista.

Palabras clave: José Manuel de la Huerga, Transición española en la literatura, narrativa sobre la Transición, novela y memoria histórica.

Abstract: This paper analyzes Spanish Democratic Transition as a topic in three novels written by José Manuel de la Huerga (1967-2018): *Apuntes de medicina interna* (2011), "Naípe de señoritas" (*novella* included in *SolitarioS*, 2016) and *Los pasos en la piedra* (2013). This novel depicts 1976 Easter's celebration, when Communist Party was legalized in Spain.

Keywords: José Manuel de la Huerga, Spanish Democratic Transition in Literature, Narrative about Democratic Transition (1975-1985), Novel and Historical Memory.

La muerte prematura de José Manuel de la Huerga el 22 de noviembre de 2018 truncó su trayectoria literaria en plena madurez. Pese a ello, su obra publicada muestra unidad y planteamientos firmes respecto a ciertos temas que van más allá de la mera elección de una anécdota argumental: el más notable, sin duda, es la reconstrucción de un tiempo histórico, el de la Transición democrática española, a través de la ficción, que se revela así como una vía para reabrir un debate cerrado en falso.

Aunque vivía en Valladolid, José Manuel de la Huerga era leonés, de Audanzas del Valle, donde nació en 1967. Estudió en Valladolid, primero en el Instituto Zorrilla y luego en la Universidad –Filología Hispánica–, y era profesor en el Instituto de Enseñanza Secundaria “Río Duero” de Tudela de Duero. Su trayectoria literaria se inició en la poesía, con el libro *Salmos de amor y de batalla*, galardonado en 1985 con el I Premio Internacional de Poesía “Juventud”. Solo publicó dos poemarios más, *La casa del poema* (2005) y *Luz negra* (2012), acompañado de serigrafías de Armando Arenillas y fotograbados de Javier Redondo. Sin embargo, de la Huerga tenía una voz poética auténtica y fina, una mirada que no había perdido la capacidad de los niños para el asombro, para el milagro de lo cotidiano. Era un observador de lo menudo, diseminado en la naturaleza, en los pájaros o en el cuenco vacío de las manos cuando el agua ha escapado de ellas, creador de una poesía profunda en lo sencillo, sin hinchazón, dicha en voz baja¹.

Quizá por todo ello, sin embargo, José Manuel era reservado con la publicación de poemas, y su proyección como autor se debe fundamentalmente a su obra narrativa, tanto en cuento (“Conjúrote triste Plutón” fue Premio Letras Jóvenes de la Junta de Castilla y León, y “Un pájaro de invierno” ganó el Hucha de Oro) como en novela, género en el que publicó *Este cuaderno azul* (2000), *La vida con David* (2003), *Leipzig sobre Leipzig* (2005), *Apuntes de medicina interna* (2011, Premio Miguel Delibes), *SolitarioS* (2013, libro compuesto por dos novelitas

breves sutilmente entrelazadas), *Los pasos en la piedra* (2016, Premio de la Crítica de Castilla y León) y *Los ballenatos*, aparecido póstumamente (2019, Premio Vargas Llosa de Novela). José Manuel de la Huerca se afanó también por “buscarles las costuras a los llamados géneros literarios, y deshilvanarlas” (Redacción Creatividad Literaria, 2013) en un título híbrido como *Historias del lector* (1998), libro posmoderno, metaliterario, intertextual y autoficcional (Álvarez Ramos, 2010). Era, además, colaborador habitual de diversos medios de prensa, como *El Mundo*, *Último cero* o el blog literario *La tormenta en un vaso*².

La recuperación de ese pasado reciente pero necesitado de revisión que es la Transición democrática española la llevó a cabo el autor en tres de sus títulos: *Apuntes de medicina interna*, “Naipes de señoritas” (una de las dos *nouvelle* que componen *SolitarioS*) y la que es posiblemente su mejor obra novela, *Los pasos en la piedra*.

Con escasas excepciones, el cuestionamiento de la Transición española se desencadena con el inicio del siglo XXI. En gran medida, los atentados del 11 de marzo de 2004 en Atocha fueron, como apunta Javier Gómez-Montero, punto de inflexión que llevó a la sociedad española a replantearse la vigencia o la validez del pacto efectuado en la Transición democrática:

Parte del vuelco social y político tras los acontecimientos de Atocha es el rebrote de insatisfacción causado por la amnesia o represión de la memoria de episodios centrales de la historia nacional durante el siglo XX, y precisamente la inhibición mnemónica de la Transición parece confirmar las dificultades que muestra la sociedad española de asumir su propia hipoteca histórica. Si se considera que la pacífica Transición española a un régimen democrático según los parámetros europeos (y aunque estuviera llena de incertidumbres y tensiones, tanto políticas como económicas y sociales en general) fue el resultado de un consenso tributario de un pacto de olvido, su valoración crítica hoy en día replantea la necesidad de reivindicar esa memoria reprimida, y ello ha instado a la opinión pública a volver sobre la llaga de cuestiones como culpa y reparación personales o colectivas, indisolublemente unidas a la voluntad de declaración de la verdad histórica silenciada o estratégicamente sobreentendida. Esa exigencia de verdad – reclamada en lugar de una satisfacción de daños por individuos, grupos sociales y sus agentes institucionales— supone el marco de la mirada a la historia más

reciente de España desde la sociedad actual, también en lo referente a la Transición. (2007: 7).

Efectivamente, los atentados terroristas de Atocha —auténtico trauma colectivo, social y político que también permanece sin exorcizar— tuvieron el efecto de hacer que la sociedad española volviese la vista a su pasado reciente y cuestionase la validez de la Transición. Pero tanto o más que este suceso, la promulgación de la Ley de Memoria histórica, en 2007, y sobre todo su insuficiente y frustrante cumplimiento, cuestionaron la vigencia de los pactos políticos y sociales sobre los que se asentó la democrática española. En sus apariciones en programas y tertulias televisivos, Pablo Iglesias, Juan Carlos Monedero y otros profesores ligados a la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense que más tarde conformarían el partido político Podemos, pusieron en circulación, en el debate político de amplio espectro, el marbete “Régimen del 78” que venía a sustituir al término “Transición”, en un cambio nominal sumamente significativo.

Son esos mismos años los que ven una multiplicación de novelas sobre la guerra civil. Manuel Morales, en un artículo publicado en *El País* en 2018, contabilizaba 1248 novelas sobre la guerra y el franquismo publicadas entre 2001 y 2018, un promedio de 70 novelas al año (Morales, 2018). Un buen número de estas publicaciones dejan traslucir la explotación comercial y la desactivación política del tema, según ha notado Becerra Mayor (2018). Son años también en los que se multiplican los libros de no ficción sobre la Transición, al calor de las siempre propicias efemérides, y también algunas novelas acerca de esta etapa: *La caída de Madrid*, de Rafael Chirbes (2000), *Lo real*, de Belén Gopegui (2001), *El vano ayer* de Isaac Rosa (2004), *Todo está perdonado*, de Rafael Reig (2011), *Daniela Astor y la caja negra* de Marta Sanz (2013), son solo algunos de los títulos que vuelven sobre nuestro pasado reciente.

De la Huerga aborda la cuestión por primera vez en *Apuntes de medicina interna*, historia de memoria familiar y colectiva. El libro ya invita, desde el título, a una lectura en dos sentidos, o con dos niveles de profundidad. Los apuntes de medicina interna son, evidentemente, los que el protagonista, Abel, tiene que estudiar y no estudia durante ese verano en que, recién licenciado en Medicina,

se encuentra –supuestamente– preparando su examen de MIR. Para ello ha acudido a la casona familiar, situada en un punto indeterminado de Cantabria, en la parte cercana al Oriente asturiano, zona que el autor había tenido ocasión de conocer bien en sus veranos pasados en Pechón (Cantabria). En lugar de estudiar esos apuntes, Abel hace otras cosas: culminar su largamente deseada relación con Noe, la chica del bar, pero, sobre todo, tratar de recomponer un rompecabezas, el de su pasado y la historia de su familia, al que le faltan muchas piezas, a pesar de que todo el mundo parece deseoso de honrar el recuerdo de su abuelo, el doctor don Alejandro. Esos “apuntes de medicina interna” van siéndolo, pues, en otro sentido: Abel necesita hurgar en los entresijos de un pasado aparentemente sano, inmaculado, pero en el que algo no termina de funcionar bien, un pasado que requiere de una cura a fondo. Y esa medicina interna no lo es solo de Abel y de su familia, sino que, en una segunda o tercera lectura a la que la novela invita, lo es también de todo un país, España, y de un pasado reciente en el que la versión oficial y los hechos no casan bien entre sí.

La novela supo comprender que el problema no estaba solamente en la guerra, sino en la falta de una cura posterior que hubiese permitido cicatrizar con toda la limpieza posible las heridas —por seguir con la metáfora de medicina interna. Que el problema era la Transición, tiempo sobre el que regresará en “Naipes de señoritas” y en *Los pasos en la piedra*, ya de una manera mucho más plena, no como un tanteo y no desde lo simbólico más o menos explícito. Ese es el gran tema de *Apuntes de medicina interna*: el desmantelamiento obligado de una gran casona solariega, abandonada pero todavía imponente (lo es sobre todo el despacho noble del médico). Ese desmantelamiento es para unos un trance, porque no desean encontrar ni sacar a la luz, y no quieren tirar nada, buscando incluso trasteros donde continuar guardándolo todo. Para otros, en cambio, es la ocasión de tratar de rescatar cuantas piezas puedan arrancar al fuego o al olvido a fin de reconstruir retazos de una historia que, de otro modo, no se podrá conocer. Para otros, en fin, es una oportunidad de redención: así Berto, el tío disidente, que no quiso seguir el camino marcado por su familia y que, tras pasar por Cuba y Angola, regresa condenado por el sida –enfermedad que fue a su vez un trauma de la Transición³.

En la novela, cuyo paisaje es y no es el de Pechón, lugar de veraneo de José Manuel durante años, funciona a la perfección el espacio simbólico de la casona, grande y ya ruinoso, emblema de un país también a medio camino entre la preservación del orden heredado, el desmantelamiento y la rehabilitación. Coincide en ello de la Huerga con las numerosas películas que durante la Transición recurrieron al mismo símbolo del caserón: *Camada negra*, *Mamá cumple cien años*, *Ana y los lobos*, e incluso el episodio de *Verano azul* titulado “La última función” (véase, acerca de este particular, Rabiet, 2015). Estimo muy posible que tales films sirviesen de inspiración para esta novela de investigación de una historia privada que lo es también colectiva, aunando, pues, memoria histórica y memoria familiar:

Conozco mejor al Dr. Rojo que a mi abuelo. De ello se han encargado mi abuela y mamá, también Mabel. Parecen que solo quisieran que existiera el médico que bajó de la montaña a la costa y ocultaran al hombre que vivió con ellas. Su dimensión pública ha anulado la parte privada... [...] / Tendré que buscarme otras vías de información al margen de la oficial. (2011: 30).

El tío Berto le proporcionará otra versión que animará aún más a Abel a buscar un hilo del que tirar: “Tu abuelo, el Dr. Rojo, era un médico afecto al régimen, premiado y reconocido por él, un líder populista aupado por las estructuras de poder sobre los ignorantes [...] Quiero convertir esta casa que fue una sucursal del poder de la dictadura, en un centro de atención a los desechos de la sociedad burguesa” (2011: 112).

Incluso antes de averiguar algunos de los secretos familiares, Abel intuye que la “versión oficial” de su abuelo enmascara otra, y recurre a la figura mítica del centauro Quirón –médico como el Dr. Rojo— para explicar esa dualidad:

Mi abuelo era un centauro. Quizá más Quirón que otra cosa, pero al fin y al cabo animal fronterizo. La relación del centauro con mi abuelo viene de la superposición de imágenes en un pasado mítico: la del médico a caballo que avanza contra el viento del invierno. Demasiadas horas a caballo. Además de la imagen épica, subiendo a la mina de Fuente Brez por sendas borradas, el centauro resume eso que persigo desde las primeras líneas de estos apuntes. Conozco bien la biografía del Dr. Rojo para enmarcar en orla, pero hay otra parte de su vida a la que no me he conseguido asomar. Sería su parte más íntima, de caballo, la relacionada con

las pasiones, la parte de cintura para abajo, la que nadie quiere ver, porque acaso enturbie un expediente impoluto. [...] No olvido que mi abuelo era un hombre de carne y hueso. No un santo médico. (2011: 131).

Apuntes, pues, de una medicina interna que pasa por diagnosticar y airear el mal para salvar la vida que continúa.

En 2013 aparece *SolitarioS*, volumen que recoge dos novelas breves, "Ultramarinos El Pez de Oro" y "Naípe de señoritas". No obedece a una simple estrategia editorial la inclusión de ambas bajo un mismo título –con el juego tipográfico de la S mayúscula inicial y final, que subraya la relación circular entre ambas *nouvelles*—; hay entre una y otra novelitas un tema común que el título apunta: la soledad, o, mejor dicho, la condición de solitarios de sus protagonistas, que les empuja a buscar la comprensión y el amor en el piélago de las vidas cotidianas y hasta vulgares –que les empuja, también, a jugar a las cartas consigo mismos, haciendo *solitarios*.

"Ultramarinos El Pez de Oro", es una historia lírica, con elementos oníricos, en la que aparece por vez primera Barrio de Piedra, ciudad imaginaria, pero con elementos muy reconocibles de algunas localidades de Castilla y León. En esta novela breve, de la Huerga pone en práctica una técnica que aplicará también en su última novela, *Los ballenatos*: lo que se inicia como una historia remota y fabulosa se instala en la inmediatez presente merced a pequeños detalles que nos sacan del tiempo mítico, detenido, propio de Barrio de Piedra –donde arranca la historia— y nos hacen aterrizar en la contemporaneidad de Lisboa –donde se desarrolla y concluye.

También transcurre en Barrio de Piedra "Naípe de señoritas", pero ya no es una ciudad anclada en un pasado indefinido, sino que se sitúa en coordenadas temporales bien reconocibles desde el principio: de hecho, desde el propio título, que no es una ocurrencia más o menos costumbrista del autor, sino una referencia real, perfectamente localizable, a un objeto del pasado no tan lejano. La historia se abre precisamente con la referencia al peculiar mazo de cartas con fotografías pornográficas de mujeres, comprado por el protagonista, Félix, "a un merchero del mercadillo de los jueves, el mismo día que el chaval andaba pensando afeitarse la primera pelusa del bigote" (2013: 143). Un mazo que es el

único esparcimiento erótico –y, añadiríamos, sentimental— del soltero de cuarenta y dos años, calvo, escasamente dotado para el trato con el sexo opuesto, que es Félix, quien en sus soledades bautiza a las chicas de la baraja con exóticos nombres, y les imagina una nacionalidad, una forma de ser, una historia.

El autor despliega en “Naípe...” una certera capacidad para retratar las pequeñas miserias cotidianas de sus personajes. Sin embargo, no se queda en la saña, sino que la supera, como un demiurgo comprensivo con sus criaturas, a las que no ahorra taras (sudoración excesiva y consecuente tufo, escaso gusto en el vestir, padrastros en los dedos), pero tampoco una decisiva oportunidad de ser felices. Aunque al comienzo del texto ningún lector se identificará con Félix, ni tampoco lo hará más tarde con la rotunda y bigotuda Lola, al finalizar el relato, con esa esperanzada aceptación de una suave dicha cotidiana, veremos que lo que parecía una historia esperpéntica puede entrañar una reflexión extensible a toda existencia humana, con o sin naípe de señoritas, con o sin bigote, con o sin chaqueta de espiguilla.

La localización en la ficticia ciudad de Barrio de Piedra invita a un juego de parecidos irrefutables y esquivos a partes iguales. En el epílogo, de la Huerga sostiene que Barrio de Piedra puede ser casi cualquier ciudad de provincias. Sin embargo, el contorno con que este territorio literario se dibuja a lo largo de las novelas de *SolitarioS* y *Los pasos en la piedra* coincide con la historia, la geografía y la sociología de Castilla y León de manera inequívoca. Es imposible haber vivido en Valladolid sin reconocer a los atlantes de la casa próxima a la Plaza Mayor en la que vive su infeliz sueño de burguesa Eva María, o los almacenes “El Triunfo”, por ejemplo. Sin embargo –y este es otro gran valor de la escritura de José Manuel de la Huerga—, lo local es fácilmente transportable, y los lectores de otras ciudades reconocerán numerosos detalles en la geografía ideada por el autor.

No hay en la novela alusiones a sucesos históricos concretos más allá de una fugaz –aunque decisiva— mención a las elecciones. Y sí, en cambio, numerosas menciones a objetos o fenómenos perfectamente reconocibles como “de la época”, y que pasan prácticamente desapercibidos, precisamente a causa de la

naturalidad con que se insertan en la narración de los hechos y la caracterización de los personajes. De este modo, transmite, sin enunciarlo, el espíritu de una época. En ninguna de las páginas de esta *nouvelle* aparece ni una sola fecha, ni tampoco palabras como *Transición*, *franquismo*, *democracia* o *destape*. Y así es como debe de ser, porque el punto de vista que adopta el narrador está inmerso en el *tempo* de sus personajes, que para ellos es el presente, y no lo contempla desde fuera. Mucho más efectivo que la alusión a un presidente de gobierno lo es la mención de la catalítica y la bilbaína, o ese revuelo de tacones bajos y faldas plisadas del Juzgado en que Félix trabaja, o la portería de sus padres, en la que vive, o los jerséis granates con rombos crema que este acostumbra vestir bajo su sempiterna chaqueta de espiguilla (2013: 146). O, desde luego, esa baraja de señoritas comprada en la adolescencia (2013: 143) y el calendario en el que Eva María, madura pero aún apetecible, posará sobre un diván de raso rosado, en un simulacro de libertad que fue el de tantas mujeres de su tiempo (2013: 196).

Estas menciones, dejadas caer como al desgaire sobre el relato, pero extraordinariamente efectivas, dotan a la historia, de un trasfondo de atinado análisis social que nunca es excesivamente evidente, que nunca estorba el desarrollo de los personajes y su peripecia, sino que se funde con la materia de manera natural: así la portería paterna en la que Félix crece, junto al espejo de cuerpo entero en que su madre coge alfileres y quita hilvanes a las piezas de sus clientas, o las estudiantes de mecanografía que sueñan con alcanzar “la panacea de las doscientas cincuenta pulsaciones por minuto, salvoconducto imprescindible para la secretaría de un juzgado en la academia de Taquimecanografía” (2013: 153), y que una vez logrado el puesto anhelado reservarán sus tardes para asistir a clases de corte y confección. Y la vía de tren como frontera, más que física, social, entre los habitantes de una misma ciudad. No en vano José Manuel de la Huerca, que vivía en el Barrio de la Pilarica, “al otro lado de la vía”, se mostró siempre muy sensible al reflejo de las desigualdades sociales en el urbanismo⁴.

En 2016 ve la luz *Los pasos en la piedra*. Es, ya sí, su gran novela sobre la Transición, que aparece además entendida desde una óptica más amplia, que la relaciona con otros sucesos del mundo: con el Concilio Vaticano II y la Revolución de los Claveles, principalmente.

La fusión entre lo histórico y lo intrahistórico, entre el rito y el mito, en un tiempo cíclico aún bajo la amenaza de la climatología, como en los tiempos de las cavernas, aparecen retratados en esta novela sobre el plenilunio que continuamos celebrando (son muchas en la novela las referencias a la luna, que no deja de estar en el origen de la celebración de la Pascua judía asociada a nuestra Semana Santa, en un denso tejido de tradiciones). El autor muestra una profunda comprensión del rito como algo que independientemente de la ortodoxia religiosa canaliza sentimientos e inquietudes humanas, mostrando la tradición como mosaico sincrético de creencias diversas que ninguna ortodoxia debe monopolizar, y que puede conmover al ateo, o a la mora, o al alemán protestante, tanto como al católico, aunque cada uno de ellos encuentre en el rito valores diferentes, genuinos todos ellos. No es extraño, por ello, en la novela, la presencia intertextual de San Juan de la Cruz o el Cantar de los Cantares, problemáticos ambos para la ortodoxia católica, que ha tratado de limitar la interpretación de uno y otro.

La novela (el propio autor lo confiesa en las páginas anexas a la misma) fue fruto de tres años de esfuerzos, y en ella se recrea una Semana Santa que tiene mucho de la de Valladolid, pero también de otras que él conoció desde niño, movido por el entusiasmo de su padre, y el suyo propio, que les llevó a visitar cada año una tradición diferente. La documentación sobre las Semanas Santas de Medina de Rioseco, Zamora o Bercianos de Aliste, y por supuesto de Valladolid es excelente, y ha sido minuciosamente analizada por Pilar Panero, quien además ha estudiado cómo de la Huerga construye con verosimilitud la figura del antropólogo alemán en su trabajo de campo sobre la Semana Santa de una ciudad española (Panero, en prensa).

El propio autor declaró que el germen de la novela se encuentra en 2009, cuando el escritor Gustavo Martín Garzo fue el encargado de dar el pregón de la Semana Santa de Valladolid y

la mitad de las cofradías lo boicotearon y no asistieron como gesto de repulsa por el hecho de que hubieran elegido a alguien no creyente. Gustavo le dedicó su pregón a Pier Paolo Pasolini, comunista, homosexual y director de una de las mejores películas de la historia del cine, *El evangelio según san Mateo* (Fraile, 2016).

Los pasos en la piedra –cuyo primer título fue *Los días santos*, más acertado, en mi opinión, precisamente por más pasoliniano— ofrece un panorama cabal de la Transición. La trama transcurre en la Semana Santa de 1977, cuando tuvo lugar la legalización del PCE. Esta, como sabemos, se anunció el 9 de abril de 1977 (Sábado Santo).

El protagonista es Germán Ojeda, un joven de Barrio de Piedra, hijo del gobernador civil de la ciudad. Pese a esta filiación franquista de su familia, Germán ya en su adolescencia había entrado en contacto con grupos de curas obreros. Al comenzar la novela encontramos a Germán regresando a Barrio de Piedra para pasar las vacaciones de Semana Santa, pues estudia Derecho en Madrid, donde se encuentra próximo al PC. De hecho, está a punto de ingresar en el Partido, pero hay una oleada de detenciones, y por ese motivo aprovecha la Semana Santa para visitar su ciudad natal en compañía de un amigo alemán, Peter Gesteine. Este es un antropólogo que quiere realizar un reportaje fotográfico sobre lo que considera un fenómeno de religiosidad popular enormemente interesante. Se suma así de la Huerga, por cierto, a la nómina de las muchas novelas que incluyen el relato de la filmación de un documental; varias de ellas, además, tratan la Transición o la Guerra Civil y la memoria histórica: es el caso de *Daniela Astor y la caja negra*, de Marta Sanz, o *El impostor* y *El monarca de las sombras*, de Javier Cercas. Más adelante, de la Huerga participaría en las Actas del III Congreso Latinoamericano de Religiosidad Popular con una “ficción posible” en que recrea el texto redactado por Gesteine a partir de su experiencia en el Viernes Santo de Barrio de Piedra (Huerga, 2017: 506-510).

Entre los sucesos que hacen recomendable que Germán abandone Madrid para pasar una temporada en Barrio de Piedra está el asesinato de “Yolanda”, a quien se menciona únicamente por su nombre de pila. Se trata, evidentemente, de Yolanda González Martín, estudiante y militante del Partido Socialista Trabajador, secuestrada y asesinada el 1 de febrero de 1980 por los miembros de Fuerza Nueva Emilio Hellín Moro e Ignacio Abad Velázquez, con la ayuda de algunos miembros de la Policía Nacional⁵. La novela alude en varios lugares a la muerte de Yolanda, y describe las circunstancias del hallazgo del cuerpo con bastante fidelidad a lo ocurrido en la realidad (“un grupo de extrema derecha, en Madrid,

había secuestrado, violado y asesinado a una joven de izquierdas. Tenía diecinueve años. El cuerpo había aparecido tirado en un descampado cercano a las facultades”, Huerga, 2016: 313⁶), pero atribuye su muerte al grupo paramilitar fascista de los Guerrilleros de Cristo Rey (320). Estos no fueron directamente responsables del asesinato de Yolanda González, pero sí de otros jóvenes izquierdistas, y atacaron en varias ocasiones a grupos católicos obreros. La licencia encaja perfectamente en la novela, donde los Guerrilleros de Cristo Rey tienen un importante papel, y encarnan la perversión del mensaje de Jesús de Nazareth desde su mismo nombre. Frente al protagonista, ateo conmovido desde niño por la Semana Santa, a la que no puede ni quiere renunciar, se encuentra Jacinto Miguel, el hijo de un oligarca de la ciudad, que se pasea con su grupo de amigos amenazando y rompiendo cristales, al grito, precisamente, de “¡Viva Cristo Rey!”, especialmente dramático si consideramos sus connotaciones políticas y las confrontamos con la celebración de la Semana Santa.

También aparecen en la novela los llamados “curas obreros”, cuyo papel tan importante fue en la Transición. Particularmente, en Valladolid, este sector de la iglesia desempeñó un papel fundamental en la apertura a los movimientos vecinales y obreros. Por ejemplo, Millán Santos Ballesteros, párroco de Santo Toribio, en el barrio de las Delicias, que sufrió arresto en el Monasterio de El Paular a causa de una homilía pronunciada en su parroquia. La abogada Doris Benegas recordaba en 2010 la carga policial que siguió a la celebración de los funerales por cinco trabajadores de Vitoria en la Parroquia de La Pilarica, una de las más comprometidas con la causa obrera y la apertura democrática (Benegas, 2010: 104) Y en esa misma parroquia de la Pilarica se daban clases para adultos –obreros, amas de casa a quienes se alfabetizaba y también ilustraba en conceptos cívicos y políticos (Quijano González, 2010: 176)⁷, de la misma manera que otros religiosos prestaron espacios para desarrollar la “Universidad Paralela” durante el tiempo en el que el Ministerio de Educación y Ciencia del Gobierno de Franco ordenó cerrar las Facultades de Derecho, Medicina, Ciencias y Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid⁸ (Quijano González, 2010: 180-181).

La novela plantea las tensiones de un acto como el indulto de presos que se concede a Semana Santa desde la Ley de 18 de junio de 1870 “Estableciendo

reglas para el ejercicio de la gracia de indulto". Semanas antes, el gobernador civil y padre del protagonista asegura a las hermandades que conseguirá el indulto para el Largo Cadenas y el Cojo Beltrán,

compañeros del sindicato que iban a ser perdonados 'con toda seguridad', según se había comprometido a elevar la petición al Consejo de Ministros el mismo gobernador civil. Cadenas era una montaña que sobresalía un buen trecho del resto de la población y a Beltrán se le sentía venir de lejos con las ondulaciones de tullido en accidente de trabajo. Llevaban desde Navidad en prisión preventiva a la espera de juicio, por su participación en la fundación del sindicato ferroviario. Lo curioso es que el sindicato estaba inscrito en el registro de asociaciones del Ministerio del Interior. Pero algunos fundadores seguían en prisión, en un estado de limbo perpetuo que interesaba prolongar a las autoridades. (Huerga, 2016: 142).

Las intenciones del gobernador civil chocarán con una maquinaria legal dispuesta para favorecer el inmovilismo: "Pero Germán, hombre, cómo se nota que eres militar. ¿En qué cabeza humana cabe indultar a dos que no han sido juzgados todavía? Se indulta al reo, no a quien aún no lo es. Ya os mandaremos a dos del pueblo, para que la gente se quede tranquila" (Huerga, 2016: 143). El episodio es una ficción ideada por de la Huerga, pero que se mantiene en cierto modo fiel al ambiente recordado por Fernando Ledesma, quien sería Ministro de Justicia socialista en el periodo 1982-1988 y que entonces prestaba servicio en la Audiencia Territorial de Valladolid. Ledesma da noticia de las constantes tensiones vividas entre magistrados demócratas y el Tribunal de Orden Público — en sistemática injerencia del poder ejecutivo en el judicial—, así como de las presiones a las que la Inspección de Tribunales, la Brigada Político Social y otros instrumentos franquistas infligían sobre los jueces y la Facultad de Derecho de la Universidad de Valladolid (Ledesma, 2010: 39-39). Sin embargo, en la novela el gobernador civil, padre de Germán, tiene una postura conciliadora, y sí trata de indultar a los sindicalistas, pero la burocracia franquista lo impide, retardando el juicio para evitar que estos sean reos y, por tanto, que puedan ser indultados. El papel de los sindicatos ferroviarios en Barrio de Piedra hace pensar en la vida sindical y las huelgas vividas en el Valladolid de la Transición, especialmente en las fábricas de FASA-Renault, SAVA, NICAS y la construcción.

Ante esta situación, la posición de la jerarquía eclesiástica trata de mantenerse en un equilibrio diplomático no siempre fácil de mantener⁹, que de la Huerga retrata a través del discurso libre indirecto para hacerse eco del pensamiento de los actores de dicha situación, pero desde un distanciamiento evidente:

Hubo, cómo no, brindis, y congratulaciones y felicitaciones por la emocionante puesta en escena de hacía apenas dos horas en los jardines del castillo, con salvas de ordenanza frente al Ecce Homo, salpimentadas con los tradicionales vivas a Cristo Rey y a la España católica, desfile, juramento de la bandera nacional y beso al estandarte de la Hermandad de Coronación, la de los excombatientes del bando victorioso. El canto bronco de El novio de la muerte por un destacamento de legionarios de Melilla, puso la guinda al pastel patrio. Los mandos recordaban los comentarios del público congregado, elogiosos para unas fuerzas armadas que estaban, en aquellos momentos trascendentales, sufriendo tanto y tan calladamente.

Pero ahí monseñor inesperadamente matizó a la baja. Era hermoso, sin ningún género de dudas, el hermanamiento de las esencias castrense y nazarena que él mismo había propiciado en cuanto fue asunto al solio obispal... Pero los gestos excesivos de algunos jovencitos exaltados, que venían acreditándose desde la muerte del general Franco, no debían alimentarse, máxime conociendo a los autores, cachorros conspicuos de la oligarquía local. Se refería en concreto a los gritos de "¡Viva Cristo Rey!" que el hijo de Jacinto Miguel, a la cabeza de otros mozalbetes, había proferido al término de la ceremonia, cuando el también llamado Cristo de los artilleros enfilaba la Rúa Franca. Cantaron además el *Cara al Sol* entre los aplausos de la mayoría, volvieron a proferir gritos patrióticos del tipo "¡Viva Franco!, ¡Viva Cristo Rey!, ¡Viva España!, ¡Arriba España!, y cerraron sus letanías con el consabido "Caídos por Dios y por España ¡presen-tés!, José Antonio Primo de Rivera ¡presen-té!, Onésimo Redondo ¡presen-té!" (Huerga, 2016: 135-136).

La actitud del obispo no conforma a todo el mundo, por supuesto, y levanta ampollas en el ejército. En una de las juntas cofrades, Germán hijo preguntará al obispo qué ha sucedido con los indultos (como sabemos, Germán padre, gobernador civil, había intentado que se indultase a dos sindicalistas, pero había visto frustrada su intención; sin embargo, el resto de los militares ignoran aún que los indultados no serán los compañeros de RENFE). El hijo, ahora, con su

pregunta, le pondrá en cierto modo en evidencia, y más aún al obispo, que tan demócrata se manifestaba en la página anterior, pero que ante las autoridades civiles y el ejército da una de cal y otra de arena:

El indulto de los presos no es el único conflicto retratado en la novela. Representantes de las hermandades de Semana Santa se encaminan hacia el cerro de Monteviejo, donde se encuentra el Monumento. El topónimo es fácilmente identificable con el vallisoletano Cerro de San Cristóbal, donde en 1957 se iniciaron las obras para la construcción de un Monumento a Onésimo Redondo que se inauguraría el 24 de julio de 1965, en el vigesimoquinto aniversario de la muerte del dirigente nacional-sindicalista¹⁰. Los cofrades de ultraderecha de Barrio de Piedra han planeado ascender hasta el Monumento político en un viacrucis que rinda homenaje a los héroes franquistas, pero el estado en que se lo encuentran les hace desistir:

Todos a una, en mayor o menor potencia de grito, lamentaron el espectáculo criminal. La nieve acumulada sobre las dos columnas de cemento que sostenían en el aire el yugo y las flechas del Monumento, no ocultaban sobre las paredes la leyenda en sangrante pintura roja. En la columna de la derecha se leía en letras capitales: PCE ¡¡LEGALIZACIÓN YA!!! Una hoz y un martillo cruzados rubricaban la exigencia anónima. Y en la de la izquierda, la que contenía los nombres de los caídos en la guerra, se habían tachado los nombres de los cabecillas, JOSÉ ANTONIO y ONÉSIMO REDONDO, ¡PRESENTES!, además de los tradicionales ¡VIVA ESPAÑA! y ¡ARRIBA ESPAÑA! Sendos brochazos rojos en las narices ponían las guindas del pastel sorpresa sobre los rostros de los mocetones forjados brazo en alto. La mano del pintor sinvergüenza había tenido la osadía de travestir aquellos rostros anónimos en payasos de circo. (201).

La visión de este escenario hace brotar de labios del presidente de la cofradía de la Vera Cruz las siguientes exclamaciones: "¡Pero esto qué es, Dios santo! ¡Un sindió! ¡Una escabechina del alma! ¡Sabotaje! ¡Sabotaje! ¡El genocidio de la memoria de nuestros valientes soldados! ¡Ay qué pena!" (201).

El suceso ficcional se aviene con los hechos históricos, pues en la doble estructura de hormigón y las esculturas del monumento a Onésimo Redondo aparecían frecuentemente pintadas y carteles, tanto en los últimos años del franquismo como en años más recientes, hasta que en febrero de 2016 se retiró para ser depositado en el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca.

El viacrucis, tras ver imposibilitado su recorrido inicial, vive un nuevo momento de tensión, ya que en cabeza van tres jóvenes cofrades ferroviarios que desvían la comitiva para detenerse, en la estación número XIV, ante las tapias del cementerio y realizar allí una última ofrenda floral, ante la ira del Presidente de la Cofradía de la Vera Cruz:

Tres hermanos de los Ferroviarios, salidos de entre las filas de la sección juvenil, se habían colocado frente al muro y en actitud recogida habían apoyado allí sus cruces y depositado a su pie unos claveles rojos.

A nadie se le escapaba el significado del gesto. En aquel paredón habían sido fusilados en noches consecutivas de agosto de 1936, varios dirigentes de los sindicatos, el director de la Escuela Normal y los concejales de izquierdas del ayuntamiento. (Hurga, 2016: 219-220)

El presidente de la Vera Cruz, ante el gesto, exclama: “¡Hemos caído como pardillos en la encerrona! [...] ¡Señor gobernador civil, tome nota de lo que se consigue con paños calientes con esta chusma” (220).

El episodio es, hasta donde sabemos, novelesco, pero sirve de enlace simbólico entre el arranque de la guerra civil al que alude el gesto de los cofrades, la Transición democrática en que se desarrolla la ficción, y los trabajos que la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica venía realizando desde su constitución en el año 2000; también con la acción de grupos como Colectivo contra el Olvido, nacido en 2006 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, Verdad y Justicia de Valladolid, fundado en 2007, o la Asociación Memoria de la Transición, creada en 2009 y vinculada al Colectivo

contra el Olvido, con quienes colaboraron en la celebración de unas Jornadas sobre la Memoria de la Transición en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid en mayo de 2009¹¹. En dichas jornadas tomó parte alguien a quien de la Huerga recuerda muy especialmente en los agradecimientos que ponen fin a su novela, el profesor Enrique Gavilán, “que vivió de primera mano, y sin contradicciones, la clandestinidad del PCE y el orgullo de la Semana Santa de Valladolid”, añadiendo: “se ha implicado en la lectura y su debate tanto como si el manuscrito fuera suyo” (366).

Una intervención de Germán padre, gobernador civil, preludia la importante noticia que tendrá lugar en el Sábado Santo: “Si ahora digo que manejo información de fuentes autorizadas de que va a haber, en plazo brevísimo, cambios sustantivos en beneficio de la paz social y del orden establecido, pocos me creerán” (177). Finalmente, la lluvia acudirá en auxilio del obispo y de los partidarios de aplacar los ánimos, y la Procesión general, que prometía ser un polvorín, queda suspendida... por la lluvia, que en tantas ocasiones frustra las procesiones de Castilla y León, y muy especialmente de la Procesión General de Viernes Santo en Valladolid: “Estuvo lloviendo tres cuartos de hora como si antes en la Historia no hubiera caído agua de lo alto. Así nunca se llegó a concluir cuál fue la verdadera causa de suspensión de La General” (292).

El final climático de *Los pasos en la piedra* coincide con el anuncio de la legalización del PCE y con la celebración, en el Domingo de Resurrección, simultáneamente, de la resurrección de Cristo, de la renovación cíclica de la vida, y de la victoria política que da un paso más hacia la Democracia y se aleja de la Dictadura:

Los cinco amigos encontraron a unos cuantos celebrando la noticia por los bares de Cárcel Corona. Alguien sacó un trapo rojo y lo ondeó entre carcajadas histéricas y el aplauso unánime. Y un grupo de melenudos probó puño en alto a cantar el estribillo de La Internacional... Nadie, ni uniformado ni de paisano, vino a pedirles que se identificaran.

En la sede de Grândola, dos horas más tarde, hubo besos y abrazos. Se cantó el Grândola, vila morena para que se cayeran la pareces. Los vecinos de cada lado se quejaron con golpes e insultos. Salieron todos —y todos eran una quincena— en procesión a la calle y no sabían dónde dirigir sus pasos, dónde acudir a provocar. La mordaza había caído y se decía que la añoraban. Llegaron hasta la Plaza Mayor, y como no encontraron obstáculos a su euforia se disolvieron y volvieron a la celebración abandonada en los bares (334-335).

La calle Cárcel Corona coincide en el nombre con una vía vallisoletana en la que, por cierto, se encontraba un enclave de importancia en el paisaje democrático de la ciudad: la librería Comunidades, fundada por José Luis Alonso Pestaña, Luis Izquierdo y el que sería primer alcalde de Valladolid en democracia, el socialista Tomás Rodríguez Bolaños, quien recuerda la experiencia (2010: 113).

En las tres novelas examinadas, de la Huerga se muestra progresivamente consciente de que en la Transición está la clave no solo de lo que somos hoy, sino también de los muchos conflictos sin resolver que nos quedan. Lo expone a través de la indagación familiar en *Apuntes de medicina interna*, de la historia cotidiana y sentimental de unos seres relegados a la última fila de los acontecimientos históricos en “Naipes de señoritas”, y de manera culminante, en *Los pasos en la piedra*, mediante la reconstrucción de un momento de intensa significación *sagrada*, como fue el Sábado Santo en que se legalizó el PCE, vivido en una ciudad muy semejante al Valladolid de 1976. Las tres obras revelan un serio compromiso con aquel tiempo necesitado de revisión, y también —lo que no es menos importante— de voluntad reconciliación ética y estética con el mismo.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez Ramos, Eva (2010). “Cómo se construye una novela. *Historias del lector*, de José Manuel de la Huerga. El análisis del relato bajo la perspectiva posmoderna” El relato. VI Congreso Internacional de análisis textual. Madrid, Asociación Trama y Fondo.

Aridjis, Ana (comp.) (1994). *Papeles de viaje*. Morelia: Instituto Michoacano de Cultura

Becerra Mayor, David (2018). "La guerra civil en la novela española actual. Entre el consenso de la Transición y el consenso neoliberal". *Revista chilena de literatura* 98: 73-104. Disponible on line: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22952018000200073

Benegas, Doris (2010). "El movimiento obrero y la lucha de las mujeres". En Esteban Recio, Asunción; Calderón Medina, Inés; Rodríguez Serrador, Sofía; Salvador de Dios, Pancho (2010). *Memoria de la Transición*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 35-40.

El País (1980). "Dos jóvenes de izquierda asesinados en Guipúzcoa y Madrid por la extrema derecha". *El País* 3/2/1980. Disponible en: https://elpais.com/diario/1980/02/03/espana/318380406_850215.html

El País (1980). "Procesados los implicados en el asesinato de Yolanda González". *El País* (7/3/1980). Disponible en: https://elpais.com/diario/1980/03/07/espana/321231601_850215.html

Fraile, Laura (2016). José Manuel de la Huerga sitúa su última novela en 1977, fecha en la que se legalizó el PCE. *Último cero* (24/3/2016). Disponible en: <http://ultimocero.com/cultura/2016/03/24/jose-manuel-de-la-huerga-situa-su-ultima-novela-en-1977-fecha-en-la-que-se-legalizo-el-pce/>

Fonseca, Carlos (2018). *No te olvides de mí*. Barcelona: Planeta de Libros.

Gómez-Montero, Javier (2007). *Memoria literaria de la Transición española*. Madrid, Fráncfort: Iberoamericana-Vervuert.

Huerga, José Manuel de la (1985). *Salmos de amor y de batalla*. Pról. Rafael Alfaro. Madrid: CCS.

Huerga, José Manuel de la (1992). "Conjúrote triste Plutón". En AA.VV., *Juventud & Cultura* 92. Valladolid: Junta de Castilla y León, Dirección General de Deportes y Juventud, 49-79.

Huerga, José Manuel de la (1998). *Historias del lector*. Segovia: Tertulia de los martes.

Huerga, José Manuel de la (2000). *Este cuaderno azul*. Madrid: A la luz del candil.

Huerga, José Manuel de la (2003). *La vida con David*. Valladolid: Multiversa.

Huerga, José Manuel de la (2005). *La casa del poema*. Valladolid: Difácil.

Huerga, José Manuel de la (2005). *Leipzig sobre Leipzig*. Valladolid: Junta de Castilla y León.

Huerga, José Manuel de la (2005). "Diario de campo para una versión cinematográfica de *El curioso impertinente*". En VV.AA. *La razón de la sinrazón que a la razón se hace*. Burgos: Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 281-288.

Huerga, José Manuel de la (2009). "Nubes que pasan". En Gil, Susana; Rodríguez, Mercedes (coord.) *Musas hermanas. Arte y literatura en el espejo del relato*. Valladolid: Cátedra Miguel Delibes, 147-154.

Huerga, José Manuel de la (2007). "Los oficios del bosque". En VV.AA. *Atlas forestal de Castilla y León*. vol. II. Trabajo del Camino (León): Junta de Castilla y León, Consejería de Medioambiente, 683-692.

Huerga, José Manuel de la (2011). *Apuntes de medicina interna*. Palencia: Menoscuarto.

Huerga, José Manuel de la (2012). "Los constructores de diques". *Luvina* 67. Disponible en: https://luvina.com.mx/foros/index.php?option=com_content&task=view&id=1349&Itemid=57

Huerga, José Manuel de la (2012). *Luz negra*. Serigrafías de Armando Arenillas y grabados de Javier Redondo. Valladolid: Proyecto Arte ediciones.

Huerga, José Manuel de la (2013). *SolitarioS*. Palencia: Menoscuarto.

Huerga, José Manuel de la (2013). "Un pájaro de invierno". En González Torices, José (ed.) *Relatos mayores*. Valladolid: ASVAI, 215-221.

Huerga, José Manuel de la (2016). *Los pasos en la piedra*. Palencia: Menoscuarto.

Huerga, José Manuel de la (2017). "El rito del Desenclavo en Barrio de Piedra". En Alonso Ponga, José Luis *et al* (coords.) *La Semana Santa: Antropología y Religión en Latinoamérica III. Representaciones y ritos representados. Desenclavos, pasiones y vía crucis vivientes*. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid, 506-510.

Huerga, José Manuel de la (2019). *Los ballenatos*. Palencia: Menoscuarto.

Ledesma, Fernando (2010). "Memoria y justicia". En Esteban Recio, Asunción; Calderón Medina, Inés; Rodríguez Serrador, Sofía; Salvador de Dios, Pancho (2010). *Memoria de la Transición*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 35-40.

Morales, Manuel (2018). "70 novelas al año en España sobre la guerra civil". *El País* (19/10/2018).

Panero, Pilar (en prensa) "La construcción del relato antropológico en una novela de José Manuel de la Huerga". *Archivo di etnografía*.

Rabiet, Christoph (2015). "A veces madre y siempre madrastra: la perversión de la maternidad en el cine del último franquismo". *Clarín. Revista de nueva literatura* 116, 22-28.

Quijano González, Jesús (2010). "La Universidad de entonces". En Esteban Recio, Asunción; Calderón Medina, Inés; Rodríguez Serrador, Sofía; Salvador de Dios, Pancho (2010). *Memoria de la Transición*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 175-181.

Redacción Creatividad Literaria (2013). "José Manuel de la Huerga: 'Érase una vez... y se abre la vida' [Entrevista a José Manuel de la Huerga]". *Creatividad literaria*. Disponible en: <http://creatividadliteraria.es/jose-manuel-de-la-huerga-erese-una-vez-y-se-abre-la-vida/>

¹ Su obra poética estuvo representada en Aridjis (1994).

² En la bibliografía puede encontrarse cumplido recuento de las publicaciones de José Manuel de la Huerca, a excepción de las colaboraciones en prensa periódica.

³ La cantante Ana Curra, en 1987, acertó a expresar la clausura del lado más lúdico de la Transición en su versión de "Rien de rien": "Con la Operación Primavera / y con el sida / se acabó la Movida".

⁴ José Manuel de la Huerca mantuvo una destacada postura a favor de las reivindicaciones del Barrio de la Pilarica –su barrio– contra el aislamiento al que la zona quedó sometida en 2015, cuando se cerró el paso a nivel sobre la vía del tren, que limitaba los accesos al resto de la ciudad.

⁵ La noticia de la muerte de Yolanda Martínez puede encontrarse en los diarios de la época, como *El País* (1980). En 2013 se estrenó el documental *Yolanda en el país de los estudiantes*, dirigido por Isabel Rodríguez y Lander Castro, sobre el asesinato de la joven bilbaína. Véase también acerca del caso el libro de Carlos Fonseca (2018).

⁶ El cuerpo se encontró en realidad en un camino cercano al km 3 de la Ctra. De Alcorcón a Valdeiglesias. Véase *El País* (2/2/1980).

⁷ Como ya se ha indicado (nota 4), de la Huerca se asentaría después en este barrio, cuyo carácter reivindicativo hizo suyo.

⁸ El 8 de febrero de 1975 se anunció en el "parte" de mediodía de Televisión Española el cierre, hasta el siguiente curso, de las citadas facultades de la Universidad de Valladolid a causa de actividades subversivas. La "Universidad paralela" fue, en palabras de Quijano González, "algo absolutamente espontáneo y ciertamente espectacular. Se trataba de mantener la actividad académica, la docencia en concreto, en espacios y con formas extraoficiales. Pero, además de un recurso práctico, fue sobre todo un acto de rebeldía que marcó las posturas frente al cierre dentro de la Comunidad universitaria, tomando como vara de medir el grado de apoyo o de colaboración con la iniciativa. Impregnó además la vida de la ciudad, incluso físicamente, durante aquellos meses. Recuerdo aquel pasar el día yendo de parroquia en parroquia a explicar las cosas más variadas [...] La tarea nos obligaba a ir a las 10 de la mañana a los Jesuitas, a las 12 a la Iglesia de San Ildefonso, a las 4 de la tarde a San Andrés, o a las 6 a La Pilarica, a las Delicias, o donde fuera, y a pasar el día recorriendo establecimientos eclesiásticos, que fueron quienes ofrecieron más comprometidamente sus salas para las clases paralelas" (2010: 180-181).

⁹ Aunque en el seno de la Iglesia hubo tantas disensiones como en la sociedad civil, y la jerarquía debía mantener el equilibrio entre las partes, Fernando Ledesma se pronuncia elogiosamente sobre la actuación de José Delicado Baeza, arzobispo de Valladolid entre 1975 y 2002 (2010: 39).

¹⁰ El NO-DO de 31 de julio de 1961 ofreció las imágenes de la inauguración, con asistencia de Francisco Franco.

¹¹ En 2012 ambos grupos crearon la Asociación Territorios de la Memoria Española.